

La Universidad Católica frente a los desafíos éticos actuales

Tony Mifsud s.j.
Centro de Ética, Universidad Alberto Hurtado

En la presentación del tema quisiera hacer una triple aproximación: comenzar con una *autocomprensión eclesial* de la misión universitaria, seguida por algunas consideraciones en torno a los *desafíos éticos* de la sociedad moderna, para terminar con una *formulación ética* de la tarea universitaria.

1.- Autocomprensión eclesial de la misión universitaria

¿Cómo entiende la Jerarquía de la Iglesia la *catolicidad* de una Universidad fundada por ella? Esta pregunta es fundamental porque es *fundante*, es decir, apunta a la razón de ser, la finalidad, de la creación de una institución. Para contestar esta pregunta resulta preciso revisar dos documentos claves: el Concilio Vaticano II (1962 – 1965) y la Constitución Apostólica de Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae* (1990).

1.1. Concilio Vaticano II (1962 – 1965)

En la Declaración sobre la Educación Cristiana, *Gravissimum Educationis* (1965), el Concilio presenta el objetivo

de una educación superior, que de ella depende, en los siguientes términos: “Procura organizarlas de modo que cada disciplina se cultive según sus propios principios, sus propios métodos y la propia libertad de investigación científica, a fin de que cada día sea más profunda la comprensión que de ella se alcance y, teniendo en cuenta con esmero las investigaciones más recientes del progreso contemporáneo, se perciba con profundidad *mayor como la fe y la razón tienden a la misma verdad*, siguiendo las huellas de los doctores de la Iglesia, sobre todo de Santo Tomás de Aquino” (Nº 10).

1.2. La constitución apostólica de Juan Pablo II (1990)

El 15 de agosto de 1990, Juan Pablo II publicó la constitución apostólica *Ex corde ecclesiae* (nacida del corazón de la Iglesia) para explicitar y renovar la identidad y la misión de las Universidades Católicas en el mundo actual. El Pontífice se refiere al documento en términos de una magna carta para las Universidades Católicas (cf. Nº 8).

Desde el primer párrafo de este documento se percibe la importancia eclesial que se le otorga a una Universidad Católica: “Nacida del corazón de la Iglesia, la Universidad Católica se inserta en el curso de la tradición que remonta al origen mismo de la Universidad como institución, y se ha revelado siempre como un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad”.

La razón es que por su propia vocación la Universitas “se consagra a la *investigación*, a la *enseñanza* y a la *formación* de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros animados todos por el mismo amor del saber”. En otras palabras, tiene su razón de ser en el desafío de “buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla”. Lo propio de la vida universitaria consiste en la ardiente *búsqueda* de la verdad y su *transmisión* desinteresada a los formandos, mediante un pensamiento riguroso que les enseña a obrar con rectitud y así servir mejor a la sociedad.

Los actuales descubrimientos científicos y tecnológicos, si por una parte conllevan un enorme crecimiento económico e industrial, por otra imponen ineludiblemente la necesaria correspondiente búsqueda del significado, con el fin de garantizar que los nuevos descubrimientos sean usados para el auténtico bien de cada persona y del conjunto de la sociedad humana. Si es responsabilidad de toda Universidad buscar este significado, la Universidad Católica está llamada de

modo especial a responder a esta exigencia; su inspiración cristiana le permite incluir en su búsqueda, la dimensión moral, espiritual y religiosa, y valorar las conquistas de la ciencia y de la tecnología en la perspectiva total de la persona humana.

1.2.1. Identidad de la Universidad Católica

La constitución apostólica define la identidad de una Universidad que pretende ser católica en los siguientes términos: “La Universidad Católica, en cuanto *Universidad*, es una comunidad *académica*, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la *investigación*, la *enseñanza* y los diversos *servicios* ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales. Ella goza de aquella autonomía institucional que es necesaria para cumplir sus funciones eficazmente y garantiza a sus miembros la libertad académica, salvaguardando los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común” (Nº 12).

Por ello, se destacan cuatro características esenciales (Nº 13):

- (a) una *inspiración cristiana* por parte, no sólo de cada miembro, sino también de la Comunidad universitaria como tal;
- (b) una *reflexión* continua a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del saber humano, al que

trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones;

(c) la *fidelidad* al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia;

(d) el esfuerzo institucional a *servicio* del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida.

Por otra parte, en una Universidad Católica la investigación abarca necesariamente: a) la consecución de una integración del saber; b) el diálogo entre fe y razón; c) una preocupación ética y d) una perspectiva teológica.

a) La integración del saber mediante el esfuerzo constante en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo-Logos, como centro de la creación y de la historia.

b) Promoviendo dicha integración, la Universidad Católica debe comprometerse, más específicamente, en el diálogo entre fe y razón, de modo que se pueda ver más profundamente cómo fe y razón se encuentran en la única verdad, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en el mismo Dios.

c) Puesto que el saber debe servir a la persona humana, en una Universidad Católica la investigación se debe realizar siempre preocupándose de las

trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones;

(c) la *fidelidad* al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia;

(d) el esfuerzo institucional a *servicio* del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida.

Por otra parte, en una Universidad Católica la *investigación* abarca necesariamente: a) la consecución de una *integración del saber*; b) el diálogo entre fe y razón; c) una *preocupación ética* y d) una *perspectiva teológica*.

a) La *integración del saber* mediante el esfuerzo constante en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo-Logos, como centro de la creación y de la historia.

b) Promoviendo dicha integración, la Universidad Católica debe *comprometerse*, más específicamente, en el *diálogo entre fe y razón*, de modo que se pueda ver más profundamente cómo fe y razón se encuentran en la única verdad, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en el mismo Dios.

c) Puesto que el saber debe servir a la persona humana, en una Universidad Católica la

investigación se debe realizar siempre preocupándose de las *implicaciones éticas y morales*, inherentes tanto a los métodos como a sus descubrimientos. Aunque presente en toda investigación, esta preocupación es particularmente urgente en el campo de la investigación científica y tecnológica. Es esencial que nos convenzamos de la prioridad de lo ético sobre lo técnico, de la primacía de la persona humana sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia. Solamente servirá a la causa de lo humano si el saber está unido a la conciencia.

- d) La *teología* constituye una ayuda a todas las otras disciplinas en su búsqueda de significado, no sólo ayudándoles a examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad, sino dándoles también una perspectiva y una orientación que no están contenidas en sus metodologías. A su vez, la interacción con estas otras disciplinas y sus hallazgos enriquece a la teología, proporcionándole una mejor comprensión del mundo de hoy y haciendo que la investigación teológica se adapte mejor a las exigencias actuales. Por ello, toda Universidad Católica deberá tener una Facultad o, al menos, una cátedra de teología (cf. N^o 19).

En esta visión del quehacer universitario, la *interdisciplinariedad*, apoyada por la contribución de la filosofía y de la teología, ayuda a los

estudiantes a adquirir una visión orgánica de la realidad y a desarrollar un deseo incesante de progreso intelectual. Además, las implicaciones morales, presentes en toda disciplina, son consideradas como parte integrante de la enseñanza de la misma disciplina; y esto para que todo el proceso educativo esté orientado, en definitiva, al desarrollo integral de la persona.

1.2.2. Misión de servicio de una Universidad Católica

El documento pontificio anima al estudio de los *graves problemas contemporáneos*, tales como, la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional. La investigación universitaria se deberá orientar a estudiar en profundidad las *raíces* y las *causas* de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas.

Si es necesario, la Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad.

Se subraya también una especial prioridad al examen y a la evaluación, desde el punto de vista cristiano, de los valores y normas dominantes en la sociedad y en la *cultura moderna*, y a la responsabilidad de comunicar a la sociedad de hoy *aquellos principios éticos y religiosos que dan pleno significado a la vida humana*.

Es preciso discernir y evaluar bien tanto las aspiraciones como las contradicciones de la *cultura moderna*, para hacerla más apta para el desarrollo integral de las personas y de los pueblos. En particular se recomienda profundizar, con estudios apropiados, el impacto de la tecnología moderna y especialmente de los medios de comunicación social sobre las personas, las familias, las instituciones y el conjunto de la cultura moderna. Se debe defender la identidad de las culturas tradicionales, ayudándolas a incorporar los valores modernos sin sacrificar el propio patrimonio, que es una riqueza para toda la familia humana. Las Universidades, situadas en ambientes culturales tradicionales, tratarán cuidadosamente de armonizar las culturas locales con la contribución positiva de las culturas modernas.

La Universidad Católica es el lugar primario y privilegiado para un fructuoso *diálogo entre el Evangelio y la cultura*, mediante un mejor conocimiento de las diversas culturas, el discernimiento de sus aspectos positivos y negativos, acogiendo sus contribuciones auténticamente humanas y desarrollando los medios con los cuales pueda hacer la fe más

comprensible a las personas de una determinada cultura.

1.3. Recapitulando

La lectura de los documentos eclesiales sobre la identidad y la misión de una Universidad que pretende ser *católica* permite señalar algunas afirmaciones centrales y fundantes que distinguen su talante particular.

1.- Una institución – pública, estable y universal – donde se encuentra presente el *pensamiento cristiano*.

2.- Esta presencia tiene la finalidad de estar al *servicio* de la sociedad, mediante la investigación seria y rigurosa, la enseñanza dedicada y la formación integral.

3.- El servicio primero y primario se formula en términos de búsqueda, descubrimiento y comunicación de la *verdad*.

4.- En este horizonte existe una complementariedad entre la razón y la fe, ya que ambos tienen a la verdad como referente principal.

5.- En este camino se subraya la necesaria *interdisciplinarietà* entre las ciencias, como también la compatibilidad entre la *libertad* académica y el reconocimiento *fiel* de la verdad.

6.- En el contexto actual de la *cultura moderna*, esta dedicación a la causa de la verdad se hace más urgente debido a la búsqueda contemporánea de

significado y para orientar todo progreso hacia el auténtico bien de la persona y de la sociedad.

7.- Por consiguiente, una Universidad Católica tiene cuatro características esenciales: (a) la *inspiración cristiana* que le da identidad; (b) una *contribución* al saber humano a la luz de la fe; (c) la *fidelidad* al mensaje cristiano tal como está presentado por el Magisterio de la Iglesia; y (d) un *servicio* institucional a la sociedad ofreciendo el sentido a la vida humana.

8.- Esta tarea implica el esfuerzo constante de (a) la *integración* del saber, (b) el *diálogo* entre fe y razón, (c) la preocupación *ética*; y (d) la perspectiva *teológica*.

9.- Esta institución respeta la libertad religiosa de todos sus miembros, pero exige de cada uno el correspondiente *respeto* a su carácter católico.

Identidad universitaria y cristiana, *apertura* seria y rigurosa hacia todos los campos del saber, y *críticidad* en la búsqueda de lo auténtico en la realización de lo humano como individuo y como sociedad constituyen tres elementos que configuran esta institución de estudios superiores. A la vez, el postulado básico de que la razón y la fe tienden a *la misma verdad* permite una visión dialogante sin la pérdida de la propia identidad.

2.- Algunos desafíos éticos en la sociedad contemporánea

2.1. El contexto socio-cultural

No se puede entender a Chile sin hacer referencia al mundo. Por ello, los desafíos de las tendencias mundiales son también desafíos para la sociedad chilena. No se puede pensar el país sin contextualizarlo en el mundo. Señalaré algunos desafíos en esta dinámica interactiva, sin ninguna pretensión de agotar el tema.

Lo primero que habría que señalar es un profundo cambio *cultural*. En una época de cambios se corre el peligro de dar respuestas de ayer a las preguntas de hoy. Por ello, resulta esencial fijarse bien en las preguntas antes de dar las respuestas.

Por una parte, no se ha reconocido suficientemente el bien que también trajo la *modernidad* (libertad, participación, derechos humanos, etc.), y, por otra parte, tampoco se ha dado cuenta de manera apropiada de los elementos negativos de la *postmodernidad* (principio absoluto del hedonismo en el sentido de la propia felicidad sin referencia al otro, el predominio de lo efímero y pasajero que debilita el sentido de compromiso en el tiempo, etc.)

Se ha pasado de la razón crítica de la modernidad (los Maestros de la sospecha: Nietzsche, Freud y Marx) al *gozo* del momento presente mediante el consumo (lo sensacionalista, lo erótico, lo atrevido,

los viajes de la droga, etc.). No está de modo pensar sino gozar y pasarlo bien porque mañana es otro día.

La *secularización* entró con atraso, comparado con Europa, debido al Gobierno Militar que era liberal en lo económico y conservador en lo valórico (de hecho, con paso a democracia comenzaron discusiones sobre divorcio, aborto, etc.)

Se ha exagerado el grado de secularización (entendida como declinación de la religión) en el mundo moderno. El mundo es hoy tan religioso como siempre, y en ciertos lugares aún más. Si bien es cierto que en occidente ha perdido fuerza, en oriente ha ampliado su influencia con el surgimiento del fundamentalismo islámico. Las mismas incertidumbres, riesgos y dudas que la misma modernidad ha traído han contribuido al surgimiento de la *religiosidad*.

Sin embargo, el *catolicismo* ha dejado de ser el elemento central de la identidad nacional; sigue siendo un elemento importante entre otros pero ya no es ni lo único ni lo decisivo (Jorge Larraín, p. 206). La religión perdió su rol central en la sociedad occidental y, por ello, el proceso de secularización ha significado más bien una progresiva pérdida de la influencia de la religión sobre las esferas más importantes de la vida social. En este sentido, la secularización en América Latina no ha implicado el fin de la religión o del sentimiento religioso, sino más bien la pérdida de la centralidad y la llegada del *pluralismo*

El cómo entender la *globalización* afecta también la reacción frente a los cambios; cómo entender la identidad nacional también tiene el mismo efecto. Es decir, es normal o significa traición, amenaza, alienación, fracaso frente a lo propio. La globalización se refiere a la intensificación de las relaciones sociales universales que unen a distintas localidades, de tal manera que lo que sucede en una localidad está afectado por sucesos que ocurren muy lejos y viceversa. Es cierto que hoy existe un cierto espacio cultural electrónico sin un lugar geográfico preciso, pero las culturas locales nunca perderán su importancia y lo global sólo puede actuar a través de ellas. Lo global no reemplaza a lo local sino que lo local opera dentro de la lógica de lo global. (Jorge Larraín, 42) Por ello, el efecto de la globalización no es el de reemplazar a lo local sino el de (a) poner en contacto con una serie de nuevos otros, (b) acelerar el ritmo de cambio (presencia de mayor estímulo), y (c) cambia el contexto de las relaciones sociales (antes los grupos se identificaban básicamente en términos de profesión, religión, clase social, etcétera, ahora más bien en términos de género, etnia, equipo de fútbol, etc.).

Un fenómeno con gran impacto social es la *mediatización de la cultura*, en el sentido de que los medios de comunicación están crecientemente determinando la manera como las personas conocen la realidad social. La televisión se ha constituido en la primera fuente de *información* y *entretenimiento* que ocupa el tiempo libre

de la gente. Por ello, también influye en la proyección de modelos y la construcción de la propia identidad. Fuera de los políticos tradicionales surgen nuevos *modelos* u otros significativos en futbolistas tales como Zamorano y Salas, varios artistas de telenovela, en animadores como don Francisco.

Algunas *informaciones* entregadas por los medios de comunicación social, relacionadas básicamente con el campo de la sexualidad, están debilitando la *credibilidad* de la Iglesia Católica. No se trata tanto de hechos que no existían antes, sino más bien de hechos que ahora se publican abiertamente debido al contexto de pluralismo.

La cultura de *consumo* está muy presente en la sociedad actual. La novedad consiste en que hoy gran parte de la población tiene acceso a bienes y servicios que les estaban vedados hace pocos años y que eran privilegio exclusivo de elites. El consumo es más que la posibilidad de comprar porque dice relación a la propia identidad. Es decir, al poseer o adquirir cosas materiales, el individuo proyecta en ellas su propio sí mismo. Se ve a sí mismo en las cosas. La identidad de una persona se forma, en parte, en función de las opiniones y las expectativas de otras personas que son significativas para ella. Por ello, el tener cosas expresa una pertenencia a un grupo y el reconocimiento del grupo hacia el individuo. Entonces, se llega a sentirse alguien por tener algo. Esto, además, es reforzado por una sociedad que reconoce al individuo

en cuanto tiene poder adquisitivo. Por ello, no es un problema personal sino básicamente un problema social y cultural.

Se ha pasado del énfasis en el movimiento colectivo a un énfasis en el consumo como base de la construcción de identidades y de la búsqueda de reconocimiento (Jorge Larraín, 248). A la vez, la reestratificación de la sociedad de acuerdo a criterios puramente monetarios por un régimen neoliberal ha significado una integración masiva de numerosos sectores sociales mediante *la masificación del consumo* (la tarjeta de crédito). A su vez, este movimiento individualista ha tenido una consecuencia despolitizadora (interés por el consumo personal para ser alguien en la sociedad aleja de un interés por los problemas de la sociedad).

Sin embargo, también existe *un malestar de la cultura* porque, en medio del crecimiento económico y el consumo ampliado, muchos chilenos se sienten inseguros e infelices por niveles más altos de estrés en sus vidas, por el endeudamiento, por la congestión y polución de las ciudades, por la delincuencia creciente. La encuesta de FLACSO (1995) señala la percepción de una sociedad cada vez más egoísta, más individualista, menos respetuosa de los demás, más agresiva y menos sana moralmente. El Informe del PNUD (1998) constata también la percepción de que el país está económicamente mejor, pero se estima que la gente no está feliz, porque falta

una complementariedad entre la modernización y la subjetividad en el sentido de que el individuo se siente cada vez más vulnerable y menos tomado en cuenta en este nuevo contexto.

La cultura del *éxito*, considerado tan sólo en términos cuantitativos (poseer bienes, belleza, prestigio, poder), está teniendo un costo muy alto sobre la sociedad. A nivel individual implica mucha soledad (el otro es adversario) y un enorme desgaste (mayor éxito en menor tiempo posible); a nivel de la sociedad condena ulteriormente a los pobres que simplemente no tienen cabida en este tipo de sociedad.

La cultura se está haciendo cada vez más *narcisista* (preocupación por la auto realización sin ulterior referencia) y *pragmática* (sin preguntar el *por qué* y el *para qué*, ya que sólo interesa el *cómo* – el mundo de los medios sin referencia a los fines). Es la ciencia sin conciencia.

Una cultura del *ruido* (porque se descarta el sentido) ya que no cabe el silencio, el misterio y los sueños. Sin embargo, sólo desde el silencio se puede pronunciar una palabra con sentido (una palabra con sujeto). En medio del ruido sólo se repite la palabra del otro porque no hay tiempo para pensar. Por otra parte, el mundo de los *deseos* se ha reducido a lo erótico pasajero para defenderse del desencanto ambiental.

2.2. El contexto eclesial

En una primera aproximación se puede constatar una serie de hechos: (a) menor *número* de católicos, (b) la Iglesia, como institución, deja de ser *centro* (agente de significado) en la sociedad; (c) *cuestionada* por algunos de sus propios miembros; (d) cuestionada la misma *norma* (no se trata de cumplimiento sino del mismo contenido). Se recorre a las siguientes encuestas: Censo 2002; CEP, junio 1998 y noviembre 2001; Fundación Futuro, 2001; “Encuesta Nacional de la Iglesia Católica” realizada por la Dirección de Estudios Sociológicos de la Universidad Católica, 2001; Centro de Ética, Universidad Alberto Hurtado, 2001.

A nivel nacional, el *número* de católicos va *disminuyendo* (97.7% en 1930 a 70% en 2002) mientras va creciendo el de los evangélicos (de 1.5% en 1930 a 15% en 2002). Además, el porcentaje de católicos es menor en el estrato socioeconómico bajo (69%) y mayor en el *alto* (82%). Lo contrario sucede con el número de evangélicos ya que el 21% en el estrato bajo y 6% en el alto.

Con respecto a la *práctica religiosa*, sólo el 23% de los católicos asiste semanalmente a *Misa* o servicio religioso (sin contar bautizos, matrimonios y funerales); el 52.5% lo hace ocasionalmente y el 24.7% no asiste. En cuanto a la vida *sacramental*, el 96.7% de los católicos ha recibido el bautismo, el 83% la Primera Comunión, el 68.4% la Confirmación

y el 74.3% el matrimonio religioso.

Sin embargo, las personas se declaran *religiosas* (el 93% creen en Dios) aunque no necesariamente *eclesiales* (identificación con instituciones, típica de la postmodernidad). Varios indicios indican que se está en una época de *búsquedas personales* de espiritualidad, de trascendencia y de comunidad, aunque muchas de ellas no pasan por la institucionalidad religiosa. Es el énfasis de la búsqueda autónoma por sobre lo recibido tradicionalmente.

Con respecto a la *conducta moral*, mientras la convivencia homosexual, el adulterio, las drogas y el aborto aparecen fuertemente desaprobadas por los católicos, por el contrario, la anticoncepción (70%), la legalización del divorcio (50%) y la convivencia premarital de los jóvenes (41%) reciben bastante aprobación

Se observa que, con respecto a la píldora del día después y una ley de divorcio, se cuestiona el *estilo* (condenatorio), el *contenido* (no se acepta), la *legitimación* (invasión de la vida privada) y la *fundamentación* (razones eclesiales no convencen). Por ello, el problema no está tanto a nivel de cumplimiento de las normas, sino el cuestionamiento de las mismas y de quien las emite.

Frente a una serie de afirmaciones sobre el *papel* de la Iglesia Católica en ambos temas, se obtuvieron los siguientes resultados: un 73% acepta sus declaraciones, con tal que se entienda como *una voz entre otras* en

la sociedad; un 63% percibe que sus declaraciones en estas materias tienden a tener un *estilo condenatorio*; un 60% siente que tales declaraciones suelen estar *muy lejanas* de la vida concreta de las personas; un 55% estima que su mensaje busca *defender* lo más valioso del ser humano; un 51% piensa que sus declaraciones en estos temas *invaden* la vida privada de las personas; y, por último, un 36% considera que resulta *fundamental* contar con su orientación.

2.3. Hacia dónde va la ética

En un cambio de época, dentro del contexto de la mundialización, resulta atrevido proyectar tendencias en el campo de la ética, también porque la provisionalidad es una característica actual que dificulta trazar de antemano el camino del futuro. No obstante, se pueden señalar algunos rasgos éticos contemporáneos *emergentes* que probablemente marcarán el futuro próximo.

En la década de los sesenta se planteó la *muerte de Dios* como el fin de la religión y el consecuente predominio de la *ética racional* como signo de la madurez de la humanidad. Sin embargo, el inicio del Tercer Milenio está profundamente marcado por el auge de la religiosidad (en el sentido de apertura a lo trascendente). Entre otras razones, se pueden mencionar la pérdida colectiva de sentido, la mayor conciencia de la vulnerabilidad humana (el atentado del 11 de septiembre sería como un signo paradigmático), y una vivencia incómoda en la actual sociedad

(se habla del ser huérfano contemporáneo).

Esta religiosidad está caracterizada por lo *masivo* más que lo comunitario, por lo *terapéutico* más que la conversión, por lo *cósmico* más que por un compromiso social, por una *divinidad* difusa sin rostro más que un Dios personal.

En este cuadro, la vivencia de la ética tiende a alejarse de las instituciones eclesiales de las religiones tradicionales y históricas en occidente (parece distinto el caso en el mundo islámico).

Cada vez más, las encuestas muestran un creciente porcentaje de personas que creen en la divinidad pero mayormente desidentificados con las instituciones eclesiales, propio de la sospecha frente a lo institucional típico de la posmodernidad.

Por consiguiente, los juicios éticos tienden actualmente a ser más *individuales* que institucionales, es decir, el juicio concreto del individuo no necesariamente refleja ni coincide con la valoración de la institución a la que pertenece. Esta tendencia subraya el predominio del argumento de la *convicción personal* por encima del de la autoridad institucional.

De hecho, la crisis de la norma moral no consiste tanto en el referente de cumplimiento sino dice relación a la *relevancia*. En otras palabras, el problema no se encuentra en el cumplimiento o no cumplimiento de tal o cual norma, sino en el cuestionamiento de la misma norma.

Probablemente, esta reacción frente a la norma explica de alguna manera la distinción contemporánea entre ética y moral, abandonando la distinción disciplinar tradicional, cuando la ética decía relación a la filosofía (fundamentación en la razón) y la moral a la teología (fundamentación de la razón abierta a la revelación), para diferenciar actualmente entre el campo de las normas concretas (moral) y el horizonte de los principios y de los valores (ética), dando un sentido negativo a lo primero y uno positivo a lo segundo. Así hay aceptación de valores pero desconfianza frente a normas concretas.

Este juicio ético individual responde a una condición necesaria e indispensable: sin libertad no hay ética, ya que la ética es el ejercicio responsable de la libertad. Ahora bien, la pregunta clave es cómo se entiende la libertad. ¿Existe una dimensión social de la libertad (un conjunto de libertades en función de un proyecto común) o más bien prima una comprensión individualista de ella, entendiéndola como una oposición entre libertades (la propia libertad comienza donde termina la libertad de otro)?

Por ello, se corre el peligro de confundir el juicio personal con el juicio *individualista* y *pragmático*. El campo de la ética se reduce a lo privado, sin ulterior referencia a lo público, predominando el criterio de la *tolerancia* (no hay que confundir este concepto con el del *respeto*) mutua, con un consecuente *relativismo* que

no asume la dimensión social del individuo.

Este enfoque, marcado por el utilitarismo, no niega totalmente los lazos sociales, pero los reduce a términos cuantitativos (el mayor bien para el máximo número de personas), condicionando, en el campo de lo social, el juicio ético a la categoría de consenso de la mayoría, pero una de poder y por ello, contradictoriamente, no necesariamente cuantitativa.

Este juicio pragmático se fundamenta principal y exclusivamente en las *consecuencias* del comportamiento, pero con un acento que tiende a confundir la consecuencia objetiva con la conveniencia personal. En otras palabras, se sostiene axiológicamente el horizonte de los principios, pero en el contexto de la realidad se contradice basándose en la conveniencia personal.

Así, a nivel social, se afirma la dignidad inalienable de toda y cada persona humana, pero no se niega que en alguna circunstancia concreta es preciso desconocer esta dignidad. A nivel personal se observa este divorcio cada vez que se proclame solemnemente el respeto por la vida, pero cuando el caso concreto se encuentra dentro del seno de la familia priman más bien consideraciones prácticas (los estudios, lo económico, la honra, la edad, etc.).

Esta contradicción entre el horizonte de los principios (el juicio axiológico) y el campo de la realidad (el juicio concreto) potencia una ética cada vez más pragmática y alejada del mundo de los *ideales*. El peligro subyacente

es que el idealismo ético permite proponer cambios a la realidad, mientras el realismo unilateral tiende a transformar y adaptar a las personas sin ulterior cuestionamiento. Si uno no intenta cambiar la realidad, la realidad seguramente lo cambiará a uno.

Una ética de signo individualista, alejada de lo institucional como representante de lo comunitario, ha conducido al debate sobre la necesidad de una *ética universal* (mundial, planetaria). Si la religión divide, entonces se requiere algo que una para poder realizar un proyecto de humanidad válido para todos, respetando las legítimas y necesarias diferencias. Pero surge un interrogante clave: ¿cómo *fundamentar* una ética universal y *obligante* para todos?

La misma pregunta, que pretende salirse del campo religioso para permitir la universalidad, remite de nuevo a lo religioso o lo metaético porque la fundamentación dice relación al horizonte de sentido (el *por qué* tengo que ser bueno, correcto, justo, etc.) y lo obligante implica una referencia a lo incondicionado como condición de exigencia (si no es obligante para la persona y la sociedad no se traduce en comportamientos concretos).

En medio del crecimiento del *reconocimiento* de las *diferencias* culturales, este interrogante cobra cada día más importancia. ¿Cómo salvar la autonomía personal sin caer en el relativismo individualista? ¿Cómo

construir un proyecto universal, condición de supervivencia de la humanidad y del mismo individuo, respetando las diferencias? Este es uno de los grandes desafíos que enfrenta la reflexión y la vivencia ética de cara al futuro próximo.

Un *segundo elemento* es que junto a esta corriente principal (*mainstream*), y probablemente como reacción frente a ella, se va consolidando la presencia de una ética *fanática*, no dialogante, mesiánica que se presenta como la única posible alternativa a los problemas de hoy. Suelen ser éticas de distintos signos pero ligadas a religiones, o, mejor dicho, inspiradas en religiones tradicionales e históricas. Son éticas *terroristas*, por ser fanáticas, en sus acciones y en sus formulaciones.

Un *tercer elemento* que habría que considerar es la prevalencia de los problemas relacionados con la *bioética*. Son temas que están relacionados con umbrales antes desconocidos por la humanidad. Por una parte, consisten en preguntas fundamentales que no tienen fácil respuesta: ¿cuándo comienza exactamente la vida humana? ¿cuándo se da exactamente una vida personal? ¿cuándo es el momento exacto de la muerte para realizar trasplantes o para dictar la muerte? Pero, por otra parte, es el mismo avance en la biología, la química, la medicina que está planteando desafíos antes desconocidos en la humanidad: ¿se puede recurrir a la clonación para fines terapéuticos? ¿hasta qué punto es correcto alargar la vida de un enfermo terminal? Y todo este

conjunto de preguntas se realiza en medio de fuertes intereses económicos que no ayudan a tomar distancia frente a ellas.

Un *cuarto elemento* dice relación a la formulación ética en torno al discurso sobre la *pobreza* y sus causas, que en su tiempo produjo una reflexión conflictiva y confrontacional, pero también creativa, novedosa y motivadora. Sin embargo, en el contexto de una cultura de mercado de talante individualista, esta preocupación parece haber disminuido. Aunque surge un discurso en torno al eje de la solidaridad que se contrapone al mero paternalismo e indiferentismo social.

Antes el esfuerzo ético se dirigía básicamente a probar la existencia de la pobreza masiva y ahondar en sus causas, ya que se cuestionaba el postulado anterior de que la presencia de la pobreza tan sólo respondía a un fenómeno natural y casual. Por ello, se plantea la temática de la superación de la pobreza como un desafío ético fundamental porque responde a causas concretas y históricas, implicando la libertad y la responsabilidad humana frente a lo social.

Pero en la sociedad actual ya no predomina tanto una postura confrontacional al respecto porque los hechos ya son innegables, sino más bien se tiende a percibir una brecha entre aquellos que se comprometen frente a esta realidad y otros que simplemente quedan indiferentes, fruto también del individualismo imperante.

Si antes el paradigma ético era la parábola del Juicio Final (cf. Mt 25, 31 – 46), ahora más bien es la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro (cf. Lc 16, 19 – 31).

A manera de conclusión se podría afirmar que el futuro de la ética va a estar marcado decisivamente por la capacidad de una ética razonada y dialogante, asumiendo la dimensión del pathos, pero sin perder la riqueza de la propia identidad, y atreviendo a ofrecer un contenido fundante universalmente válido. Más que nunca se necesita volver al sentido primero de la palabra ética: el esfuerzo honesto para hacer habitable el mundo, un hogar para todos sin excepción.

3.- Formulación ética de una tarea universitaria

En la primera semana de mayo de 1971, la Universidad Católica, que había iniciado su reforma, se reunió en Claustro Pleno. El *Cardenal Raúl Silva Henríquez*, como Gran Canciller de la Universidad, pronunció un discurso sobre *La Universidad Católica: su razón de ser*. Sus palabras introductorias siguen teniendo plena vigencia.

“Lo que queremos es ver si nuestra Universidad está respondiendo a lo que con audacia se ha venido planteando; a lo que, desde distintos ángulos del pensar y del quehacer, intuimos que es su tarea. (...) *Sin saber quiénes somos y adónde vamos, sin una visión clara y compartida acerca de nuestra vocación específica como*

Universidad Católica, carecemos del criterio o perspectiva fundamental que debería ayudarnos y orientarnos hacia la verdadera solución de nuestros problemas parciales. Desde allí, a partir de una autodefinición clara, podremos desprender líneas conductoras ciertas y adecuadas, para que la comunidad universitaria llegue a ser, a su modo, auténtica servidora de los destinos históricos de nuestra patria”.

El mismo Cardenal responde a la pregunta. La Universidad representa, en el conjunto de la vida nacional, lo que la inteligencia dentro del organismo humano. Es evidente que el ser humano no vive para pensar sino que piensa para vivir mejor, más humanamente. La vida señala las prioridades, pero es la razón la que busca soluciones, las jerarquiza, las integra en el conjunto universal de los valores humanos, para poder atribuirles la importancia que objetivamente merecen. En este sentido, la Universidad es la conciencia crítica de la sociedad.

A la vez, una Universidad puede justificar su *catolicidad* en la medida que este adjetivo no aparezca como una cualidad que desvirtúa la naturaleza de la Universidad en cuanto Universidad. Pero también debe probarse que lo católico no representa un apellido inútil, que no daña pero que tampoco agrega nada.

Al respecto se afirma que la luz de la *fe* y la energía de la *caridad* pueden ser el alma de una Universidad en la medida en que la ayuden a hacerse más

ella misma, más eficazmente servidora de la cultura. Esto implica:

- Un inmenso y amoroso respeto hacia el ser humano, sus valores y su cultura. Sólo el Dios del Evangelio se ha atrevido a proclamar que el ser humano y su destino bien valen la muerte de un Dios.
- En una sociedad que vive en medio de un vertiginoso y constante proceso de cambios, donde también cambian sin cesar las categorías del pensamiento y del lenguaje, surge la fe cristiana como una luz segura en el camino ya que ilumina sobre el sentido último del ser humano y de la historia.
- Esto no significa un freno dogmático que coarta a priori la libertad de la búsqueda científica, sino constituye un instinto orientador de auténtico humanismo. En sentido negativo, cuando intuye que ciertos caminos son falsos; pero también una inspiración positiva con la contribución de la esperanza que impide contentarse con soluciones parciales, impulsando a tender siempre a la totalidad.
- La fe también conduce a una humanización de la ciencia, en la medida que sabe que las leyes de lo real (que la ciencia investiga) son, en último término, leyes de amor, porque debe ser necesariamente en la línea de la perfección del amor hacia donde debe ser buscada la verdad más profunda, el rostro genuino de la realidad.

- Es imposible servir sin amar. El servicio universitario exige mucho amor, porque impone dificultades y largos sacrificios – de todo tipo – tanto a los profesores como a los alumnos y a todos los que componen la comunidad universitaria.
- Además, el amor sensibiliza y vuelve receptivo para captar con mayor lucidez los problemas de quienes se ama y a quienes se desea servir. Este amor proporciona la inmensa energía moral necesaria para la objetividad del trabajo universitario.

Don Raúl termina su discurso afirmando que “una Universidad no puede ser *católica* por decreto, así como ninguna persona puede convertirse en cristiano por simple vía administrativa. Aquí se trata de un *espíritu*”. Y este “*espíritu* cristiano depende de todos, de cada profesor, de cada alumno, de cada miembro de nuestra comunidad universitaria”. Aún más. “La dura verdad es ésta: si nuestra Universidad aparece en peligro de descristianizarse es porque la fuerza vital de nuestro propio cristianismo es débil y se muestra, por ello, incapaz de inspirar un humanismo amplio e integral que pueda hacer frente a recoger – integrándolos en su visión de conjunto – los aportes parciales de las diferentes doctrinas”.

Una segunda consideración consiste en pensar si la preocupación ética y la perspectiva teológica pueden limitarse tan sólo al contenido de una agenda ética. Sin descuidar su importancia, no se puede subrayar suficientemente

su fundamento en la Persona, el mensaje y la práctica de Jesús el Cristo. Es una invitación a la libertad del individuo y de la sociedad que consiste en un encuentro gratuito; pero también significa la seriedad de un compromiso con opciones y actitudes fundantes, como son la perspectiva básica desde el cual se piensa la sociedad (desde el poder o lo débil) y se proponen soluciones. Por lo tanto, la preocupación ética implica mucho más que el estar de acuerdo con unas normas morales, ya que significa el horizonte de un estilo de vida y una perspectiva desde el cual se entiende la misma historia.

El Padre Pedro Arrupe s.j., al hablar de la finalidad de la educación jesuita, sostenía: "Nuestra meta y objetivo educativo es formar hombres y mujeres que no vivan para sí mismos, sino para Dios y su Cristo, para Aquel que por nosotros murió y resucitó; hombres y mujeres para los demás, es decir, personas que no conciben el amor a Dios sin el amor a los hombres y a las mujeres; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia y que es la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa" (Discurso durante el Congreso Europeo de Antiguos Alumnos, 1973)¹³.

El Padre Ignacio Ellacuría s.j., un discípulo destacado del pensamiento de Zubiri y asesinado en San Salvador (1991), formula esta preocupación central de la fe cristiana en los

siguientes términos: "Una universidad cristiana tiene que tener en cuenta la preferencia del evangelio por el pobre. Esto no significa que sean los más pobres los que deban entrar a cursar sus estudios en la universidad, ni que la universidad deba dejar de cultivar toda aquella excelencia académica que se necesita para resolver los problemas reales que afectan a su contexto social. Significa más bien que la universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón" (Discurso en la Universidad de Santa Clara, 1982)¹⁴.

Toda Universidad conlleva una *antropología* subyacente. Una universidad católica privilegia y propone una cristiana. Evidentemente, una universidad es una universidad, con su propia finalidad y, por ello, no corresponde reducirla a cualquier oportunidad para la evangelización o la defensa de la fe, en el sentido de realizar, paralelamente a lo académico, una pastoral que no asume lo propio de una universidad. En la universidad se forma a las personas precisamente por medio de lo típicamente académico, comunicando valores en las ciencias y por las mismas ciencias, ya que no hay aspecto en la educación, aún en las llamadas ciencias puras, que

¹³ Pedro Arrupe, S.J., Alocución al X Congreso de la Confederación Europea de Asociaciones de Antiguos Alumnos de Jesuitas, agosto 1973, en *Hombres para los demás*, Barcelona: Diafora, 1983, 159.

¹⁴ Ignacio Ellacuría, S.J., "La tarea de una universidad católica," Discurso en la Universidad de Santa Clara, 12 junio 1982. Véase el texto en "Una universidad para el pueblo," *Diakonia* n. 23 (agosto-octubre 1982) 81-88.

sea neutral. Toda enseñanza comunica valores.

La finalidad de las ciencias es el ser humano y los valores proporcionan una imagen ideal de lo humano, su auténtica realización. Por consiguiente, es de decisiva importancia identificar cuál es la imagen ideal de persona humana que se presupone como punto de partida y que determina la escala de valores (es decir, las prioridades) en lo académico.

Una universidad católica propone una antropología que se centra en el misterio de la Encarnación, que es la historización de lo divino y la divinización de la historia. Un misterio que convulsiona las posibles cosmovisiones, ofreciendo, además, una comprensión distinta de la historia, sencillamente porque Dios un día se hizo historia.

En palabras del Concilio Vaticano II, el misterio de lo humano se esclarece plenamente sólo en el misterio del Verbo Encarnado, ya que en la Persona de Jesús el Cristo Dios manifiesta plenamente el ser humano al propio ser humano y le descubre la sublimidad de su vocación (*Gaudium et Spes*, N° 22). Jesús de Nazaret es imagen y rostro humano del Dios invisible (Col 1, 15) y, por ello, es el hombre plenamente auténtico. En Él se nos hace presente la persona humana real e ideal deseada por Dios mismo. Por consiguiente, en la Persona de Jesús la

antropología cristiana encuentra su norma y su criterio.

El misterio pascual revela un Dios solidario con la humanidad, ya que en la Persona de Jesús la vida tiene el sentido de servicio al otro y, por ello, propone una ética de la solidaridad como realización de lo auténticamente humano. Así, cuanto más solidario es un ser humano, tanto más divino y auténticamente humano.

Por consiguiente, en todas las dimensiones de la labor universitaria, en cuanto tiene al ser humano como finalidad, una ética de la solidaridad se erige como horizonte antropológico de razón de ser, ya sea como punto de partida ya sea como finalidad formativa. Esta ética de las ciencias requiere la interdisciplinariedad, como punto de convergencia, para traducir la opción por la solidaridad en soluciones concretas frente a los problemas reales¹⁵.

Evidentemente, nunca se va a estar a la altura del ideal de una universidad.

Pero esto es muy sano, porque la esperanza cristiana nos advierte contra la vana ilusión de soñar con la posibilidad de una fidelidad integral y asegurada al espíritu del Evangelio aquí en la tierra. Esta permanente tensión no debe ser un freno sino un motor de constante creatividad y fidelidad.

¹⁵ Ver Gustavo Baena s.j., "La antropología subyacente en la Universidad Jesuítica", en *Revista Theologica Javeriana*, 128 (1998).